

El Cementerio de Barcos



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

*A la memoria de Xulio,
amigo*

*Te vas porque yo quiero que te vayas,
a la hora que yo quiera te detengo,
yo sé que mi cariño te hace falta
porque quieras o no
yo soy tu dueño.*

LUIS MIGUEL, *La media vuelta*

DIARIO DE PISCIS

Ayer fue San Valentín. La verdad es que no imaginaba que L. pudiese ser tan detallista. Tiene fama de animal y poco delicado y entiendo que da esa imagen porque si no los otros tíos no lo respetan, pero lo del pastel de fresa con forma de corazón fue un puntazo. Morí de amor.

Después lo hicimos. Y esta vez fue tierno. O algo más que otras veces.

Voy a respetar eso que me dijo de que no se lo diga a nadie ni suba la foto a Instagram, como le dije que iba a hacer. Lo de la tarta, digo.

Se lo merece.

Es cierto que, a veces, cuando se enfada conmigo, rompe cosas. Pero en el fondo es bueno. Fue el mejor San Valentín de mi vida.

1

—No pongas esa cara de culo, David. Sé que en el fondo te gusta ir. ¡Tenemos un mes por delante para pasárnoslo bien! ¡Así que intenta animarte, que son mis vacaciones!

«Sí, son tus vacaciones pero también son las mías», pensó David. Pero a ver quién le decía nada. Todos los años la misma historia. Todos los veranos igual desde hacía, al menos, dieciséis años. Porque pasa el verano allí desde que tiene memoria, antes también con Ánxeles, su madre, cuando ellos todavía estaban juntos. Ahora y desde hace tres años, después del divorcio, pasa un mes del verano con cada uno. Y el mes que le toca con él, inexorablemente, sin perdón posible, tiene que ser en O Con da Saínza, el pueblo gallego en el que nació, o la Tierra Prometida, como le gustaba decir a él creyéndose el tipo más gracioso del mundo. Cuando David era pequeño le hacía gracia ir. Pero ahora aquel lugar le aburre. Entonces tenía un pase. Incluso le hacía ilusión, porque O Con da Saínza era sinónimo de estar en la playa todo el día y de excursiones al bosque y de comer fuera casi a diario y de todas esas cosas que cuando eres un crío y las haces con tus padres todavía te gustan. Ahora ya no. Cuando era niño, los veranos eran tres meses infinitos de ocio

repletos de días largos que no terminaban nunca. El tiempo era eterno. Ahora las vacaciones no le dan para nada. Sobre todo si tiene que pasar un mes en aquel pueblo dejado de la mano de Dios.

Una semana antes del fatídico día en el que se marchaban para allá, cuando empezó a ver en sus ojos aquella expresión de ilusión tonta que se le ponía a medida que se acercaba el 1 de agosto, intentó zafarse y le pidió quedarse solo en el piso. Eso sí que le habría gustado. Un mes para él solito en el piso. Un mes de libertad sin padre, sin madre, sin obligaciones de ninguna clase. Se lo dijo y él le respondió lo esperable, o sea, que no.

—Allí nos lo pasamos bien, David. No seas quejica.

O Con da Saínza lo es todo para su padre, así que aunque le dijese que, en realidad, él no se lo pasa nada bien, que ese mes es una condena, él tampoco iba a ceder. Porque para su padre, el mes de agosto en O Con da Saínza es innegociable. Allí nació y vivió hasta que se fue a la ciudad a estudiar Medicina. Se fue después de hartarse de discutir con la gente, sobre todo con el alcalde, un cacique miserable dueño de medio pueblo y de la vida de medio pueblo, porque al que no enchufó en el ayuntamiento lo ayudó a conseguir un crédito para una empresa o le encargó alguna obra, o lo que fuese que hizo para que le debiese para siempre el favor. Es un tipo ruin que manda por completo en aquel ayuntamiento, ayudado además por el miserable círculo de silencio de todos los que allí viven. Un cacique que lleva haciendo muchas de las suyas, siempre en su beneficio, y a quien la justicia no ha pillado nunca, a pesar de que las irregularidades cometidas como alcalde son de dominio público. Nunca lo han cogido y según parece nunca lo van a coger en nada. Todo el mundo habla en voz baja de sobornos a policías, jueces y a quien haga falta. Es un político de

esos que están metidos en todos los líos, que manda mucho y que, en definitiva, controla todo lo que se mueve en sus dominios; de este modo, no se da un paso en el pueblo sin que él lo sepa.

Su padre le tiene una manía que viene desde muy atrás y David no sabe muy bien cuál es el motivo de ese odio visceral que le consta que es mutuo y que se les nota cuando coinciden en el bar del pueblo o por la calle. Se saludan pero no se miran. Se saludan con la boca cerrada y sin ganas. Se saludan por educación y porque hay gente delante. Una tensión evidente, viscosa y molesta que lo llena todo cuando están juntos bajo el mismo techo. No se entenderán nunca. A ojos de su padre, el alcalde es un cacique sin escrúpulos. A ojos del alcalde, su padre es un alborotador, un revolucionario, una molestia. Según le ha contado alguna vez, aunque muy por encima, si él no es médico allí, como de verdad le gustaría, es porque el alcalde se encargó personalmente de que no le diesen la plaza que solicitó para trabajar en el centro de salud. Según parece movió hilos a muy alto nivel para que nunca lo destinasen allí a pesar de que tenía puntos de sobra para hacerse con la plaza con todo el derecho del mundo, así que no le quedó otra que quedarse en el hospital de la ciudad como internista, donde trabaja todo el año contando los días que le faltan hasta que puede coger el coche e irse al pueblo un mes entero. Llega en apenas cuarenta y cinco minutos gracias a la autopista y a la vía rápida. De hecho, en cuanto comienza la primavera, se acerca todos los fines de semana y David se queda con su madre aunque no le toque quedarse con ella.

Así pues, como cada verano desde el origen de los tiempos, partieron hacia O Con da Saíenza con el coche repleto hasta arriba con todas las maletas que tenían por casa y con la intención de aguantar el mes sin tener que ir a comprar

nada excepto comida (aunque, en realidad, en la casa que alquilaban y en la que se alojaban aquellos treinta días, siempre la misma desde hacía años, preparaban poco más que el desayuno; estaban todo el tiempo fuera, en especial su padre, toda la jornada visitando a estos, a aquellos y, sobre todo, haciendo vida en el bar o saliendo a correr por la mañana o a nadar antes de comer o a navegar con algún amigo; era un vigorético, o sea, un tipo de esos que hacen deporte a diario y que se mantienen cachas a pesar de la edad... El resto del año se iba cada noche antes de cenar a la piscina a nadar un par de horas sin faltar nunca). David puede entender que tenga aquel sitio idealizado y que le parezca el mejor del mundo. De hecho, no niega que sea un lugar hermoso, de los más bonitos que conoce, sobre la ría, resguardadito de las corrientes de aire, del frío y del calor. Pero también resguardado del paso del tiempo. Y no lo dice él, sino su propio padre, que presume de que aquel lugar está siempre más o menos igual a como él lo recuerda desde niño y de que eso es «parte de su encanto». Y David no se lo discute. En eso sí que va a estar de acuerdo toda su vida: O Con da Saínza está en la Edad Media o en el Pleistoceno o incluso más atrás. Las cosas allí nunca cambian. Todo es idénticamente igual a sí mismo desde antes del inicio de los tiempos de los tiempos y de los tiempos. Con el mismo alcalde desde hace treinta años. ¡En el bar hay un calendario de una serie de televisión de 1984! Y la última vez que pintaron las líneas de la carretera debió de ser cuando la tele aún era en blanco y negro.

—¿Qué es lo que hay allí, papá? —preguntó cuando ya arrancaban, en un último intento desesperado, implorando clemencia o buscando que, al menos, sintiese un poquito de pena por él. Su padre llevaba dibujada en la cara una sonrisa infantil y feliz.

Lo miró de reojo, atento a la entrada en la autopista.

—¿Que qué hay en O Con da Saínza? —Sonrió todavía más—. Estás de broma, ¿no?

Esa fue toda su respuesta. Que si estaba de broma. Porque tienes que estar de coña si sugieres que aquel pueblo insignificante perdido en el medio del mapa no es la pera limonera.

Tenía tantas ganas de ir a aquel pueblo como de que le dieran un balonazo en ese sitio.

En O Con da Saínza hay un bar, una playa (pequeña, cuando hay mareas vivas no queda ni arena en donde poner una toalla), un astillero derribado, un bosque de pinos y tojos y zarzas, la fábrica de salazones y una carretera que pasa por el medio del pueblo y que deberían haber arreglado hace, por lo menos, mil años. El resto de las vías son callejones por los que no cabe un coche y por los que casi nunca se ve gente, excepto el último viernes de cada mes, cuando hay mercado y de repente aparecen miles de personas que salen vete tú a saber de dónde.

(A ver, en realidad no es así. Así es como *él diría que es* O Con da Saínza. En realidad es un pueblo marinero parecido a los muchos que hay esparcidos por toda Galicia. Además del bar hay una heladería, una sucursal bancaria, un centro de salud que atiende a varios ayuntamientos de la comarca, una iglesia grande y muy antigua, la biblioteca, un colegio. Una vez su padre le dijo que había en torno a mil habitantes. Pues a lo mejor. Para él eran muchos menos).

—Eso es porque lo ves con malos ojos. Intenta animarte, anda. ¡Son mis vacaciones! Ya que me acompañas haz todo lo posible por estar bien, ¿vale?

Y toma que dale... «Ya que me acompañas...». Como si fuese posible no acompañarle...

—¡Ya hemos llegado!

Un piloto de avión que aterrizase en medio de un temporal salvándoles la vida a todos los pasajeros no hubiese apagado el motor con tanta alegría.

A donde habían llegado era a la casa de siempre, justo al lado del camino principal, al número 20 de la calle Principal. Atrás habían dejado el bar de Vicenta, el merendero, y el cartel de «BIENVENIDOS A O CON DA SAÍNZ» (tan grande que parecía que hubiesen llegado a Nueva York). Era una casa sencilla, de una planta, más que suficiente para ellos, y que año tras año alquilaban a la señora Isabel, que era dueña de, por lo menos, otras dos más en el pueblo y que hacía un buen negocio gracias a veraneantes tan fieles como ellos dos.

Un niño pequeño en bañador daba patadas a un balón contra la pared y no se veía a nadie más ni por un lado ni por el otro.

Aquel era el sitio más solitario del mundo.

—Venga, ayúdame con las cosas.

Muerto de asco sacó el móvil del bolsillo delantero para ponerlo en el de detrás. Al tocarlo se iluminó la pantalla con una foto en la que estaban Andrea y él.

—David, hay más chicas en el mundo. Superarás lo de Andrea. Como yo lo de tu madre.

El chaval guardó el móvil.

—Habrá más chicas, puede ser. Pero en este pueblo ya te digo yo que no las hay. O si las hay y son listas seguro que se habrán largado de aquí para siempre.